



LOS AMANTES INFELICES

Pedro González de Molina Soler

Dos soledades se juntaron en un hotel. Dos almas infelices buscaban consuelo que alegrase sus vidas con un poco de placer culpable. Se aferraron a que saltase una chispa por pequeña que fuese, y que ésta arrojase algo de luz y calor a una existencia gris y anodina.

Pero para entender esta historia hay que empezar por el principio: cómo los dos acabaron en ese hotel y cómo ese encuentro alteró sus vidas.

Un día, dos infelices fueron a parar al mismo vagón sentados uno frente a otro; dos personas que no tenían mucho que ver entre sí, unidas por el trabajo y las circunstancias.

Elena, ya rondando casi los cuarenta años, trabajaba como abogada en un bufete, y uno de sus mejores clientes -una consultoría- le había pedido que solucionase un problema en Castellón con una empresa con la que trabajaban. Podríamos decir que la vida de Elena no era muy interesante. De casa al trabajo y del trabajo a casa a seguir la faena, porque su marido solía estar mucho tiempo fuera por ser piloto de Iberia, y tenía una casa que cuidar ante la inexistencia del reparto de tareas. Elena tenía amigas y solía salir con ellas en cuanto tenía un rato libre, pero con su relación se aburría por la ausencia continuada de su pareja. Elena se había habituado a las ausencias, aunque no le gustaban, y a veces tenía deseos de dejarlo

todo. Sin embargo, las cadenas invisibles de la costumbre se habían hecho demasiado fuertes como para romperlas de golpe. El miedo a perder lo construido duramente durante años le ataba a su relación con Rubén.

Iván acompañaba a Elena en el viaje en nombre de la consultoría en la que trabajaba como administrativo. Era un poco más mayor que ella y también tenía pareja: estaba casado desde hacía ya bastantes años con el amor de su época universitaria, Silvia. Tenían un hijo en la universidad llamado Pablo, que estudiaba Ingeniería Industrial. Iván era el tipo de hombre que había hecho todo lo que la sociedad le había pedido. Estudió Derecho, hizo sus locuras en la universidad, se licenció y se puso a trabajar duramente de pasante sin cobrar (eso sí, mantenido por su familia). Después logró un trabajo de administrativo indefinido en una consultoría en Madrid tras haber pasado por varios trabajos de todo tipo. Se casó, tuvo hijos y se compró una casa. Sin embargo, siempre le quedó el regusto amargo de una existencia fría y gris basada en trabajar para pagar facturas, hacer lo que la sociedad le decía que tenía que hacer, y tener la sensación de que se había perdido algo en todos estos años. Aunque quizás lo que ha perdido es la vida misma.

Iván y Elena viajaban en el tren Madrid-Castellón, sabiendo que tenían unas horas por delante de obligada conversación. Los dos comenzaron a charlar con evidente fastidio; no les apetecía el viaje, ni la noche obligada de estancia en un hotelucho del centro, ni tener que compartir conversaciones banales e incómodos silencios.

Llegaron al mediodía a la ciudad y se fueron directos al hotel en taxi donde se cambiaron y se asearon. Una vez presentables se fueron a comer juntos antes de una reunión que se presentía tensa. Durante la comida repasaron cómo iban a actuar, quién iba a jugar el papel conciliador y quién el amenazante. Cuando acabaron de comer tomaron un café rápido y se marcharon a la reunión en la oficina del centro de Castellón, justo al lado del Mercado Central (el lugar que cambiaría sus vidas).

La reunión se alargó varias horas y fue bastante tensa. Aunque jugaron con habilidad, ésta que-

dó en tablas y habría que proseguir la batalla al día siguiente. Elena e Iván salieron de la sede de la empresa con la cabeza embotada y tomaron la resolución de ir a tomar unas cervezas y picar algo en antes de irse a dormir, pero antes decidieron llamar cada uno a sus familias. Iván habló unos veinte minutos con su mujer, y Elena vio que el teléfono de Rubén estaba apagado. Miró compungida a Iván y dijo que su marido probablemente estaría volando. Decidieron atravesar la Plaza Mayor y bajaron por Carrer de Vera hasta una cafetería que estaba al lado y muy cerca del hotel donde se alojaban.

Tras unos minutos comentando la reunión, Iván decidió cortar en seco la conversación sobre el trabajo y empezó a relatar (para romper la tensión que les acompañaba desde la reunión) anécdotas de la universidad, logrando que Elena se riese mucho y animándole a contar otras después de beberse varias cervezas. El cruce de bromas, anécdotas y cervezas les hizo olvidar que tenían hambre y no cenaron nada. Cuando ya llevaban unas cuantas rondas pasaron directamente a los chupitos y a los cubatas. Cualquier atisbo de seriedad fue borrada por los efluvios alcohólicos, incluso Iván decidió no contestar a una llamada de su mujer, cosa que en otro momento hubiese sido impensable. Las bromas cedieron el espacio a las confidencias, manifestando los dos que se encontraban aburridos de la vida y de sus parejas. Antes de que la tristeza les empezase a abatir, el camarero les pidió amablemente que pagaran la cuenta ya que iban a cerrar.

Bajaron por el Carrer de Vera en silencio, y sin quererlo se dieron la mano. Atravesaron el Carrer de Gaset y de ahí en dos minutos llegaron a la puerta del hotel. Cuando llegaron, ella balbuceó un "deberíamos despedirnos aquí" e Iván la besó con pasión acabando con el último conato de resistencia ofrecida por la razón.

Nuestros amantes infelices se desnudaron torpemente y con cierta vergüenza cuando llegaron a la fría habitación del hotel, y pasaron la noche juntos.

A la mañana siguiente, con cierta sensación de culpabilidad, por un lado; pero de satisfacción, por el otro, decidieron ir a desayunar juntos al Mercado Central antes de volver a la reunión

y coger el tren. Volvieron a recorrer el camino del día anterior a la inversa, y atravesaron la Plaza Mayor (Plaça Major) después de admirar sus edificios, para entrar en el Mercado Central (Mercat Central de Castelló) en busca de un bar para desayunar.

El Mercado Central de Castellón es un edificio de los años 40 que no desentona con el ambiente arquitectónico de la Plaza Mayor. Al lado tiene la famosa torre-campanario "el Fadri", y alrededor el Ayuntamiento y la Catedral de Santa María la Mayor (joya del gótico valenciano); un bello conjunto arquitectónico que marca el centro histórico de la ciudad. Iván y Elena traspasaron las puertas de madera del Mercado que insufla de vida a la Plaza Mayor, con sus bares y sus puestos. Atravesaron los distintos pasillos con los diversos olores asaltando sus sentidos: ora pescado, ora especias, ora carne... hasta llegar a un bar en el interior donde pidieron tostadas con café. Tras unos segundos de tenso silencio mientras se preparaban los cafés, Elena interrumpió a Iván hablando de trabajo cuando éste intentó abordar lo que había pasado la noche anterior.

Una vez acabaron la reunión, cogieron sus cosas en el hotel y cogieron el tren de vuelta a Madrid. El viaje fue incómodo. Ninguno de los dos se atrevía a abrir fuego y estuvieron rodeando y evitando el tema todo el viaje. Cuando llegaron a la estación de Atocha, Iván se sentía abatido. No sólo no había logrado hablar con Elena, sino que se sentía muy culpable por lo que había pasado la noche anterior. No sabía cómo poner orden a sus confusos pensamientos y sentimientos. Cuando bajaron del tren, Iván se sentía desconcertado por la tranquilidad que mostraba Elena. Iván intentó balbucir unas palabras torpes de despedida, mientras Elena con una sonrisa le abrazó, le besó levemente en los labios y le dijo al oído "llámame", dejando a Iván estupefacto en la estación mientras ella se marchaba y se confundía con los diversos viajeros que subían y bajaban de los trenes.

Pasaron varios días que para Iván fueron un calvario. Intentaba estar más tiempo en casa porque se sentía culpable. Se deshacía en atenciones con su esposa hasta el punto de alarmarla. Pretendió quedar más veces con su hijo hasta

que este le dijo que le dejase en paz. Intentó resistir en los momentos de debilidad la necesidad que tenía de coger el teléfono y escribir a Elena. Pero hubo un día...

Uno de esos días horribles donde se gestan las tragedias y en el que Iván perdió los papeles. En el trabajo un compañero le colgó el muerto de un asunto que había salido mal, y acabó a voces en la oficina con él después de que el jefe le echase el rapapolvo. Llegó a casa y acabó pagando la frustración acumulada en el trabajo con su mujer y su hijo. Acabó temblando de nervios y de ira cuando la discusión degeneró en una bronca. Cuando acabó se metió en el baño, y mientras estaba sentado en el váter echó mano del móvil. Sus dedos inconscientemente buscaron el teléfono de Elena y le enviaron un whatsapp para quedar esa noche. Después de dos horas de espera donde las dudas le asaltaban (se arrepintió varias veces de haber enviado el mensaje) recibió una respuesta que decía "Vale, esta noche en tal bar a las 23:00". El corazón se le aceleró, empezó a sudar copiosamente. Todo cuadraba, podía irse a beber con los "amigos" después del día que había tenido y nadie le iba a echar en falta. Ya había ocurrido en otras ocasiones.

Para Elena los días pasaron de otra manera. Su marido estuvo unos días en casa y la notó un poco ausente. Le preguntó qué le pasaba y no obtuvo ninguna respuesta concreta, con lo cual desistió de intentar entenderlo (se le pasaría seguro, pensó). Ella continuó centrada en el trabajo. Seguía su vida sin muchos sobresaltos pero, en el fondo, esperaba algún mensaje de Iván. Cuando los pensamientos repetitivos sobre por qué él no la escribía o la llamaba la asaltaban trataba, con éxito variado, de apartarlos de su mente. Cuando ya se había rendido ante la evidencia de que aquello había sido absolutamente pasajero, recibió un mensaje de él que decía: "Podemos vernos esta noche?". Así, corto y directo... y ella se lo iba a poner tan fácil. Esperó unas horas y le respondió; él se lo devolvió en unos minutos y la cita quedó concertada. A las 22:50 Iván se plantó en el bar visiblemente nervioso. Tomó asiento ocupando la última mesa libre en un local al lado de la Plaza del 2 de Mayo. Pidió una cerveza que apuró rápido

sin querer y no paró de mirar la puerta y el reloj que tenía en la muñeca. A las 23:15 seguía clavado en la mesa por efecto de la esperanza, mientras una sensación de derrota y desasosiego se expandía por todo su ser. Cuando ya había perdido la poca esperanza que tenía e iba a pagar los dos botellines que se había bebido, apareció ella. Elena entró decidida. Pidió una cerveza y formuló una rápida disculpa como si pasase por algo enojoso. Los primeros compases fueron rápidos, se preguntaron por lo de siempre, pasando luego a hablar con un tono menos distante para abordar el asunto que les había traído hasta allí. Iván no era capaz de hablar sin ponerse rojo.

- Creo que deberíamos hablar de lo que pasó aquel día- dijo con la cara encendida. Esperó a que contestase. Ella aguardó unos segundos y haciendo un movimiento con el botellín le animó a seguir la conversación

- Bueno... digamos que he estado pensando en lo que ocurrió y sí, me gustó, aunque me siento culpable... Pero mi vida es tan aburrida y falta de emociones que no sé... tú y yo podríamos...

- ¿Vernos más a menudo?- le dijo ella con cierta ironía en la voz y sin el menor atisbo de sorpresa.

- Sí, sí, eso... esto no lo he hecho nunca y me cuesta hablar de ello...-dijo con timidez.

- No tienes que jurarlo- le dijo con una franca sonrisa ella, y le tocó amigablemente la mano-. Relájate, no va a pasar nada si tú no quieres que pase. Sólo disfruta el momento.

- ¿Y qué opinas de mi propuesta?- dijo él empujado por la fuerza del deseo. Logró serenarse después de haber formulado la pregunta, y la miró expectante, conteniendo la respiración.

- Pues depende...- dejó unos segundos antes de continuar mientras miraba la cara de circunstancias de Iván-. Depende de cómo te comportes esta noche. ¿Pides la cuenta?

- ¡Claro!- dijo él con precipitación. Se levantó tan rápido que casi tira la silla y fue a pagar las cervezas.

Tuvieron una noche de pasión en un triste hotel, en uno de esos espacios sin rostro ni recuerdos en los que se amontonan los viajeros que van a ver la capital, como pasajeros que no dejan ninguna huella ni recuerdos en la ciudad.

A partir de esa noche empezaron a verse con regularidad. Primero una vez a la semana, y luego cada vez que podían. Sus dobles vidas pasaban por atravesar obsequiosamente la escualidez de la propia supervivencia cotidiana; y por otro lado, tener momentos fugaces de libertad y de delirio, pequeñas chispas que lograban dar un poco de calor y de sentido a sus existencias. Con el tiempo se volvieron más descuidados, aunque lograron salir airosos de la situación con sus respectivas parejas. Cada día las caricias eran más cómplices, los suspiros más acompasados; soñaban despiertos cuándo iba a ser la próxima vez en verse, querían volver a sentir los dedos del otro recorriendo su cuerpo, las palabras bellas susurradas al oído, los halagos, la pasión, la aventura y el riesgo. Pero, poco a poco, se llegó al punto en el que tenían que tener esa conversación que llega en las relaciones de amantes y que marcan el futuro de los mismos.

Ese día llegó después de que Elena se mostrase fría en los últimos encuentros que habían tenido, cosa que hacía desesperar a Iván, que se negaba a sí mismo que ya no podían postergar más la fatal decisión que sabían que tenían que tomar. Era como si Iván intentase arrebatarle al futuro unos instantes más de felicidad antes de que se desatase la tormenta en la que no sabía si iba a sobrevivir.

Ese día fue planeado por Elena hasta el detalle. Convenció con ciertas dificultades a Iván de que le acompañase de nuevo a Castellón aprovechando que su marido estaba en el vuelo Madrid-Quito, y la mujer de Iván en unas jornadas con la empresa en Santiago. Su hijo no notaría su ausencia y hasta estaría contento por poder aprovechar la casa de sus padres junto a su novia y sus amigos. Ella quería volver al Mercado y que la etapa que había iniciado desde que conoció a Iván se cerrase definitivamente, o se abriese una nueva con todas las consecuencias. Buscaba la fuerza mágica de aquel lugar como si este fuese un talismán; como si los olores, los sabores y los sonidos fuesen un bálsamo que todo lo cura; unas palabras mágicas que podían cambiar el rumbo de la Historia, de su historia. Con esta determinación cogió el tren, a una hora distinta a la de Iván. No quería que les vie-

sen juntos cogiendo el mismo tren pero, sobre todo, no quería que la impaciencia le hiciese cometer el error de adelantarse y decirle todo antes de llegar al Mercado.

Llegó a la estación y se reunió con Iván en la Plaza Mayor. Intentó escrutar en su cara una posible respuesta al misterio, pero no obtuvo ninguna más allá de una sonrisa tímida. Lo consideró un mal augurio. Tras saludarse con un fuerte abrazo y besarse en medio de la plaza, entraron en el Mercado. Sus sentidos fueron invadidos por los olores que desprendían cada uno de los puestos: a pescado fresco, a jamones curados, a especias (el aroma a madera dulce de la canela, la incisiva pimienta o el inconfundible azafrán). Llegaron al bar en el que estuvieron la otra vez y pidieron dos cafés con leche. No fueron capaces de comer nada. Ambos tenían el estómago cerrado, como si supiesen que en unos minutos se iban a pronunciar aquellas palabras que no tienen vuelta atrás, siendo conscientes de que la decisión que tomaran marcaría sus vidas para siempre.

Una vez se habían bebido la mitad del café callados, mirándose de manera furtiva y nerviosa, Elena rompió el silencio y le dijo con voz decidida: "Romparamos con nuestras parejas e iniciemos una vida juntos. Te amo, Iván. Démosle una oportunidad a la vida. Nos merecemos un nuevo comienzo. Estos meses que he estado contigo he conseguido ver claro que llevo atada a una relación que no va a ninguna parte, una relación basada en el compromiso y en el pasado que nunca volverá. Este es el momento, Iván. ¡Vamos a intentarlo!". Con esa interpelación finalizaba ella al momento que le cogía las manos y le clavaba su mirada mientras contenía la respiración a la espera de escuchar su respuesta.

Iván intentaba ordenar sus pensamientos a toda prisa y trataba de que su lengua se destrabase. Sabía que con lo que fuese a decir se jugaba su futuro. Sin embargo, la parte de su alma valiente y aventurera había quedado sepultada por años de pequeñas renunciaciones que se produjeron poco a poco, hasta que llegó a desistir de cumplir cualquier sueño o ambición. El hábito de renunciar a todo conllevaba el sacrificio de su orgullo y dignidad al altar de la tranquilidad

no exenta de frustraciones y humillaciones. Su alma se había embotado y embrutecido a base de resignarse a lo que le deparase el azar y la vida. Hizo las cosas porque se esperaban de él. Salió con alguien por no sentirse solo. Se casó porque tocaba y por la Iglesia porque su madre se lo pidió, no por voluntad propia. Tuvo un hijo porque la sociedad se lo demandaba, y su entorno también, ya que sus amigos y sus parejas empezaban a tener niños y niñas, y el miedo a sentirse extranjero en la familia que uno elige (los amigos) funcionó como un poderoso acicate, al igual que la presión de su mujer.

Nunca levantó la voz ni se rebeló contra los docentes injustos en la universidad, ni contra sus jefes en el trabajo, por mucho que le hicieran. En cuanto entró a trabajar se hipotecó con una casa porque todo el mundo lo hacía, y con ello hipotecó cualquier deseo, sueño o futuro que tuviese. La casa se convirtió en la dueña de la familia, donde ellos se desvelaban por agradaarla, ponerla bonita, repararla cuando se averiaba algo, pagar las letras del banco a tiempo, etc. Con la crisis vinieron los problemas económicos y las estrecheces, la casa se convirtió en una prisión de la que no se podía escapar, so pena de tirar por la borda años de duros esfuerzos y sacrificios. La esclavitud por deudas fue su realidad. Trabajaban para engordar al banco y poder tener la ilusión de que poseían algo, aunque la realidad es que la casa les poseía a ellos. En el fondo su vida se transformó en una ilusión, en sombras chinescas. Ellos trabajaban simulando que la fortuna no les golpearía y podrían mantener su casa, y el banco simulaba que la casa les pertenecería a ellos y que podían pagarla aunque llegase la adversidad. Este hecho sepultó cualquier tipo de posibilidad de aspirar a salir de la esclavitud sin renunciar a lo que ellos consideraban su bien más preciado, su hogar. Pero su hogar estaba muy lejos de ser suyo, y esa contradicción podría estallar cualquier día. Ellos ignoraban esa posibilidad para poder seguir viviendo.

Por eso cuando su amante le propuso escaparse y cambiar la esclavitud por la libertad, la rutina por el cambio, le entró vértigo y miedo. Ese miedo le paralizó y fue incapaz de decir lo que ansiaba su corazón cansado, romper con

su existencia y empezar una nueva. Reconocer que se había equivocado todo este tiempo era duro, reconocer su cobardía era difícil, romper con su vida era demasiado. Así que, a pesar de que una pequeña voz de su juventud le gritaba que sí, que se arriesgase, que viviese a fin de cuentas, él pronunció las siguientes palabras:

“-No puedo abandonar a mi esposa, ni puedo cambiar de vida, no puedo renunciar a lo que tengo: mi vida, mi tranquilidad... años de sacrificio por nuestra casa se perderían. No puedo, simplemente no puedo- tragó saliva, mientras sudaba copiosamente. Le agarró las manos a ella-. Espero que me perdones...”. Al decir estas palabras oyó en su interior como un coro de voces maduras acallaba la voz juvenil, y sentía una mezcla de duda y alivio. La presión que había sentido había desaparecido, pero era sustituida por una enorme tristeza. Con estas palabras clavaba el último clavo en el ataúd donde guardaba sus sueños. Con esta última sentencia renunciaba a la vida.

Ella apartó las manos cuando salió del estupor. Le miró con tristeza y algo de rabia. Se secó la lágrima que le había corrido por la mejilla de forma involuntaria. Se levantó de un salto y le dijo:

“-Tú eliges la esclavitud y la monotonía frente a la vida que yo te ofrezco. Me equivoqué contigo. He sido una idiota. Pensé que serías capaz de reaccionar, pero la gente no cambia si no desea cambiar. Ese ha sido mi error. La cobardía ha entrado muy dentro de ti y te has convertido en un tapón de corcho que es empujado por las olas sin ofrecer ninguna resistencia, una marioneta manejada por otros...- se le contrajo la cara con gesto de dolor.- Es irónico- dijo mientras miraba los distintos puestos del Mercado y aspiraba por última vez los olores que emanaban

antes de no volver nunca más-. Nuestra historia empezó aquí, y ha acabado aquí también...-se le cortó la voz por unos segundos hasta que logró reponerse, y dijo con voz imperiosa:- No me llames. No quiero volver a verte. Que tengas suerte en la vida y que no te arrepientas de haber perdido la última oportunidad de haber intentado ser feliz. No creo que tengas otra. Adiós.” Se marchó precipitadamente del bar del Mercado. Él intentó retenerla casi sin fuerzas, pero fue en vano. La llamó varias veces en voz alta mientras los clientes del bar le miraban extrañados, pero nadie le contestó. Finalmente se quedó solo ante sus propias miserias. Sólo con el sabor amargo de la derrota. Ganó la tranquilidad y perdió la vida. Aunque estaba rodeado de personas, él se sentía solo y desgraciado. Pidió la cuenta con una voz débil y pagó. Se marchó del Mercado de Castellón y de la ciudad para no volver nunca más. Aquel Mercado se había convertido en el símbolo de sus esperanzas perdidas, de una vida que no fue, de un futuro al que él renunció, un lugar demasiado doloroso como para querer enfrentarlo en otra ocasión; en definitiva, el símbolo de su derrota total.

En el fondo, la cobardía, la resignación y la rutina le encadenaban a una existencia infeliz y gris, de la que no se había sentido con fuerzas de romper. Las cadenas lo hacían ser esclavo, pero prefería ser esclavo de su vida gris, monótona y burguesa, que sufrir el vértigo de elegir, de ser libre, y como él muchas personas en el mundo. Estas personas arrastran las cadenas de sus miserias por sentirse incapaces de ser protagonistas de su propia gesta. Ellos, al final, se conforman con ser los extras de su propia historia, casi meros espectadores, mientras las olas les llevan meciéndolos en un viaje a ninguna parte.

Ilustración: Pablo Moncloa

